



# MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(VIII)

¿Un recuerdo triste de la guerra del 14? No. Un recuerdo alegre, lleno de mil sensaciones vivificadoras. Tuve ciento tres amantes en tres años y mi cuenta en el Lloyds ya era la cuarta de Europa, inmediatamente después de la de Rothschild. Por cierto, cada vez que me encontraba al barón por el Bois de Boulogne o por el jardín de Luxemburgo, al tiempo que debía soportarle un pellizco en las nalgas recibía el parte financiero de nuestra competencia.

—Te faltan veinte millones, Encarna, y me pillas.

Yo le daba con el codo en la nuez y le sacaba de sus casillas. Era muy perverso el hombre, muy dado a oscuras historias de complacencia erótica a las que yo me negué casi siempre. Sólo una vez secundé sus planes. Fue en Triville. Llamé a mi puerta y me dijo si podía hacerle un favor.

—Depende del favor.

—No puedo dormir. Pégame con esta babucha hasta que no puedas más.

Era una porquería de arma, pero le dí quinientos babuchazos en la cabeza. Insuficiente, gritaba él. Y es que con el poco peso y consistencia de la babucha no había masoquista que se contentara. Cogí un zapato de cuarzo que me había regalado un amor colombiano y le pegué dos taconazos, sólo dos.

Se quedó dormido con sonrisa de niño, con las manos cruzadas sobre la panza, como los cadáveres que mueren en la infinita paz de la conciencia limpia. Luego supe que el barón se había salvado milagrosamente de una grave conmoción cerebral y que se buscaba activamente a una misteriosa dama que había perpetrado tan alevo-sa agresión. Coincidió con el barón un año después y le puse verde.

—¡Podía haber dicho la verdad!

—No te pongas así, Encarna. Mira, tengo preparado otro festín. ¿Me quieres pegar con este tomo séptimo del Larousse Illustré?

Le contesté con ese casticismo que Dios me ha dado y conservado a pesar de la pulimentación cultural. Ya no le quedaron ganas de volverme a ver y pasó una guerra mundial sin altibajos. Es decir, tuve un pericance con un revolucionario ruso que entonces se hacía llamar Bronstein o Brunstein, o algo así y que luego supe que se llama Trotsky. Estaba escribiendo crónicas sobre el París de la retaguardia y quiso conocerme para hablar con fundamento de la «entretenida» más famosa de Francia. ¿Entretenida yo? Ya verás tú ése, me dije. Y le dejé venir. Llegó con sus ojos de ave de presa y su

perilla notarial. Muy masculino, eso sí. Pero yo se la tenía jurada por lo de entretenida.

—Oiga. ¿Es usted Bronstein?

—A sus pies, madame.

—He de decirle que entretenida lo será su madre.

—No se meta con mi madre que me ciega.

—Repito. Entretenida lo será su madre.

—¡Mi madre es una santa!

Me pegó una bofetada y yo se la devolví. Después tuvimos una alucinante noche de amor, en la que Trotsky me abrió lo mejor de su alma esclava. Hicimos el amor y repasamos las tesis de Marx sobre Feuerbach. Nos dimos un beso de media hora y tres kilómetros y criticamos la crítica del programa de Gotha de Marx.

—¡Cuando se lo cuente a Vladimir Illich se va a morir de envidia! Tiene una mujer que es un callo.

Era como un niño. Me hizo un regalo que tuve ocasión de aprovechar en el futuro: un pase para todos los hoteles de la URSS a partir del momento en que triunfara la revolución.

—¿Tan seguro estás León?

—Sólo tengo incertidumbres científicas.

—Ah, si es así.

Le contesté yo que estaba loca por él.

(Continuará)

## ¿COMO AGRADECER LOS BIENES RECIBIDOS DESPUES DE UNA COMIDA SUCULENTA?

Muy fácilmente. Así:



1. Primera posición. Colóquese el agradecido en posición de «en su lugar descansan».



2. Segunda posición. Pase a la posición firme y acariciése el abdomen.



3. Tercera posición. Frótese circularmente el abdomen recitando al mismo tiempo: «Tri-pita, tri-pita, lo que te has comido nadie te lo quita». Y ya está.

